

Sinopsis

Marilú tiene una particularidad, es una mujer bella y atractiva a sus casi veintidós años de edad. En ella la naturaleza fue generosa y le obsequió tez morena, ojos grandes, volumen, firmeza, tersura y hasta brillo natural. Una hembra de este pelaje sacaría provecho en cuanto de hacer caer a su presa se trata, pero Marilú aún no está versada en las prácticas de conquista; con todo, es un ser exquisito que disfruta el umbral del conocimiento, consiente, de saberse muy atrayente. Yo soy unos cinco años menor que Marilú; si alguien puede describir lo maravillosa que es ella, ese soy yo: puedo decirte todo lo que provoca, incluso describirlo con lujo de detalle, puedo hacer que imagines lo grandioso de su aspecto y hasta hacer que la desees; hacerte una descripción minuciosa de sus movimientos, de sus agradables sonidos e incluso de su relajada presencia, porque cuando se queda quieta tiene ese aire que da la serenidad, de alguien que sabe que va a ser eternizada en un lienzo.



Crónico Amor Platónico

de Roberto Valencia Galván

Capítulo 1

¿Has tenido un amor platónico?, la respuesta siempre ha sido ¡sí!; no importa la cantidad de personas, ni el género, la respuesta siempre ha sido positiva. Claro, la pregunta va en el sentido al uso más común (sentido equivocado) de la experiencia de haber vivido un amor platónico: un amor sin correspondencia, idealizado, que ni siquiera sabe que existes; fundado en fantasías, muy poco probable o, más bien, ¡imposible de tener! Acorde con las referencias del filósofo en cuestión, Platón, un “amor platónico” es más un acto de contemplación de la belleza; burdamente aplicaría cuando miramos repetidamente, con esa mirada penetrante y por más tiempo de lo normal, a alguien, y nos diluimos contemplando y admirando, castos, algo en ese ser humano que nos provoca placer; poco más o poco menos. Admiración por lo bello. ¡Contemplación esencial! ... Viene a mí un recuerdo tosco de mi abuelo, que decía: “¡hay mujeres que deberían estar dispensadas de hacer caquita, caray!”, brusco, pero sirve; por lo de tratar de explicar la admiración a la belleza de ese ser impoluto (virtuoso, intachable) que en ese momento mirábamos los dos. Bueno, no perdamos la atención e insisto: ¿has tenido un amor platónico? Siempre que escuchan la pregunta te miran a la cara con gesto de extrañeza, luego vienen gestos y sonidos, todos muy parecidos; levantan las cejas, mirada arriba, dedos a la barbilla, uñas en los dientes; “¡sí!”, se escucha, casi inmediatamente después, muy convencidos; y se agolpan todos los recuerdos, como si la cabeza frenara y todo en la mente se viniera para el frente, “*alguien que me gustaba mucho*”, dicen. Luego, entonces, ¿la condición de Platónico se lo da la certeza de algo que nunca será, pero que nos gusta que exista?, ¡una semilla más para la libido! Pongamos atención: en la obviedad de esta condición de la que nadie nos salvamos y en la que es perfectamente demostrable que se pesca un mal, ¡o un bien!, como se quiera ver, y cabe advertir que puede empeorar, ¡o mejorar!, como se quiera seguir viendo, la persona afectada experimenta largos espacios creativos de fantasías que lo ponen a la misma altura, al menos en su imaginación. El cuerpo se acostumbra a vivir con ese gusto de estar afectado, a veces

triste, otras melancólico, esperanzado sin sentido, satisfecho con sólo mirar y vivir a la distancia, todo, menos a vivir con la falta de ese ser. ¡A mí me pasó!, y el acontecimiento desencadenó ¡un montón! de eventos ¡importantísimos! en mi vida (podría decirse que fue la etapa que definió mi futuro) y todo comenzó una mañana, casi de madrugada, en el verano de las lluvias tempraneras, cuando los ciclos escolares están por cerrar... Les voy a contar como a mí me gusta platicar las cosas: sólo de una manera podía definir el carácter de Toño, mi hermano mayor, y de su cómplice Gerardo, el hermano que le seguía, ¡de pérfidios! Si en algún momento cruzaba por mi mente la posibilidad de acudir, aunque fuese sólo por ese día, y nunca más, al resquicio de bondad y aprecio que por ley de sangre debía existir en sus nobles corazones, sería porque no hallara, primero, otra forma de librarme de la desgracia que en ese momento me aquejara. Tan pronto como las manecillas fluorescentes de mi pequeño reloj despertador, oculto en la funda de mi almohada, insinuaron las cinco y media de la mañana, ahogué el brinco de la segunda campanada y salté ligero por encima de la obscuridad en la habitación, el sueño placido del más chiquito y chillón de la progenie, y la fulgurante luz de la lámpara del pasillo, que fue lo único inevitable que necesité para conducirme sosegadamente con acierto hasta al patio. Me vestí de memoria, puse a tuntas en la bolsa monedas y demás elementos de peaje necesarios, recogí, doblé y escondí almohadas y cobijas con el menor chirrido, susurro y pujido despertador, y a poco fui a parar al espacio vacío del zaguán de la calle y la puerta de la casa ¡sin llaves! “¿¡Cómo voy a salir!? ... ¡Qué pendejo soy!””, repetí a lo menos una docena de veces para mis oídos; “¡actué acertado!, ¿por qué diablos tenía que perder la puntería al final?””, me insistí, tocándome la cabeza con el puño. Barajé las opciones, entre ofensas a mi persona y a mi memoria, pasando varias veces por la de hacerme de valor para ir a tocar en la ventana de mis hermanos, solicitar ayuda y prepararme a la tunda que, seguro, a continuación vendría; eso sí, ahí terminaría todo, agotados los insultos y manotazos en la cabeza, se saciaría, casi estoy seguro, el impulso corrector; por otro lado, si la elección fuera a mis padres, tal vez no eligieran ¡zurra! para mi yerro, a cosas peores (¡obscuras!) iría a enfrentarme: de entrada, al recinto de

posibilidades que pulularían en su elección, dependiendo del cansancio y profundidad de su sueño (ese era el único día de la semana que tenían para levantarse tarde). Quizá “*¡mañana no sales o lavas el patio o tiendes las camas! ... ¡Nel! ..., ¡elijo tunda!*” No perdí la calma, había tiempo; para eso me levanté temprano, para los imprevistos que, en épocas sí (duele aceptarlo) otras no, regularmente hacen abrigo de mi persona. Quién lo dijera, al fondo de la espesa obscuridad, porque en esa época del año el sol asoma ya muy declarada la mañana, ocurri, brillante, no sé si la mejor o la más ¡estúpida! idea: subir a la azotea, saltar la barda y salir a la calle por el patio de la casa de mis vecinos. Allá sólo atorán la puerta con una tranca, intuí con inocencia primorosa, y el primero entre ellos, y único madrugador, si es que le hallaba despierto, no vería a mal encontrarme en su morada porque seguido me quedaba a dormir allí. Ese, el más peligroso; el que gruñía y parecía que ladraba..., ¡ah!, levanté los hombros, respiré y pensé, bueno, ya me conoce y juega conmigo. ¡Cuánto acierto! ... Todo embonaba con exactitud, así que ¿por qué no encariñarse con una opción de tal primor?, atisbé con inferencia loca. La medité, lo necesario. Más bien poco, no fui mucho a las consecuencias, como fuera, de entre todas las salidas, ésta era la menos dolorosa y sería, entre lo perdido, la de mejor recaudo, a los recuerdos me remito: tengo unos que aún duelen y muestran negrura en la piel, con ese tonito morado de las orillas (propinados por Gerardo, el más cabrón de mis hermanos); lástima que están donde la ropa tapa, me gusta que las curiosas me miren fijo y se pregunten: “*¿qué le pasó? ¿Chiquito, no tienes quien te defienda?*”

Escalé. Con impulsos metódicos (subía y bajaba por ese mismo lugar ¡muy seguido!) estuve sostenido en el zoclo de cemento de la pared, en la prominencia del marco de la ventana, en la herrería, en la cabeza (sin cara) de un antiguo bajo relieve en el muro, en la saliente de una viga vieja, en una varilla de acero en forma de túnel, en la tapa del tinaco, las tuberías de agua, en el ínfimo murito que separaba a las dos propiedades y en la escalera de bajada del cuarto de la azotea de mis vecinos, que finalmente fue la vereda a mi destino, en récord mundial (esta ocasión lo ameritaba).

—¡Shhh! ... —susurré para mí.

El *Buch* inerte; despierto, mirándome fijo, pero inerte. No hubo presencia de familiares moviéndose, como un diligente abuelo, ni de nada de que tener cuidado, excepto, en una de las cortinas: una amusgada línea de luz; un foco encendido que pasándole de largo, estaríamos a menos de tiempo común en el bosque de “La Marquesa”; en bolita de estudiantes, sábado de prácticas de laboratorio de biología, levantando piedras y cortando plantas. ¡Puf!, faltaba poco. A lo hecho, pecho. Tomé aire y me despabilé. Con sigilo anduve el paso de cada peldaño, moviéndole los dedos al *Buch* para entretenerlo, que me seguía pegado como lapa. No perdí de vista la luz amenazadora. Avancé bravo ante su presencia, corto, suave y sin parpadear, sin permitir que el resplandor me descubriera, ni que yo, con mi presencia, interrumpiera su caso. Volteé a todos los lados, no dejé uno sin escrutar; accedí con un primer pie a la explanada de concreto liso, del pasillo en el patio, y luego el segundo fue, ya, completamente seguro que el primero no causó silueta ni descontrol. Traté de superar de dos zancadas y una sola investida el haz luminoso, pero no pude; me fue imposible. Quise intentarlo nuevamente para evitar caer en erratas y tentaciones, pero no pude; la curiosidad fue más dura que la fe. Busqué salida y caí, sólo, en mejorar mi posición. Inválido e invadido por toda emoción, ya no di cuenta de mis actos, y hallándome en falta total, me ofrecí, completo, a disfrutar con la mirada... María de la Luz era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto. Ella sola era capaz de hacer volar el cielo entero ante mis ojos y pasarlo, con cada uno de sus astros, un deseo tácito por estrella, sin la menor muestra de compasión. A cada cruce me tomaba el corazón y me lo apretaba, dejándome dolorido y sin caberme en el pecho. Con ella no me salía ni la menor muestra de expresión dolorida o queja de existencia, si es que podía haberla a mi edad, diecisiete años, cinco ella más que yo. La toalla develó a la *Venus*, cálida, morena; otra liberó las mechas. Frente al espejo extendió los brazos a lo alto para reconocerse las caderas, en una rutina de ella, que sólo ella podría explicar. Cogió un cepillo, puso la espalda a mi intromisión y se inclinó. Ella estiraba la cabellera negra y yo podía ver la humedad de su sexo, ¡y sentirla!, con el *Buch* lamiéndome los dedos, que ya poco me importaba movérselos para distraerlo. Aprecié lo más alto en perfiles

y manejo de órganos. Asumí que eso que apareció ante mí, era, al menos en lo más corto de la expresión, la muestra más clara de que el deseo se despierta en la presencia de vello y prominencias corporales. Marilú era una mujer morena, delgada, de pechos estándar y pezones extensos, oscuros; piernas largas, glúteos normales. Creía en la tersura de la piel y por ello siempre andaba encremada. Aquella mañana del encanto, la vi embadurnarse los senos, y es la imagen más grata y clara que tengo hasta hoy de una mujer bonita.

Ni la madrugada, ni la soledad urbana, pudieron con mi emoción, se diluyeron a mi paso; tal fue el hipnotismo, que caminé calles y calles sin esperanzas de mejorar. Mi mente parió un montón de situación, valiéndose de los moldes que acababa de conseguir, y fue implacable con la frescura del recuerdo. El trastorno me ocupó hasta detenerme en la presencia del anciano, transeúnte como yo, abuelo de Marilú, ascendiente mayor de la ninfa desnuda; ¡no, por favor!, tenía yo todas las manos metidas en la masa. ¡Tranquilo!, los ancianos siempre andan a esas horas en la calle como almas flotantes, ¿no?; ¡me asusté muchísimo!, mi corazón a galope me lo hizo saber. Agaché la cabeza..., esperé, en vano, su recriminación por mi falta punible, pero, pese a lo que mostrara en la cara, pasé sin daño a todo lo largo del cruce, que llevó sólo un pestañeo de mi parte, arriba, para cerciorarme de que él no me reconociera. ¡Fiu! ... Me calmé. Vi la espalda alejarse y me recargué para recuperar la noción y el destino. Estaba extraviado, me había perdido y no sabía hacia dónde quería seguir. Me acerqué al paradero de autobuses. Por largo tiempo, toda mi vida, aprecié al sexo contrario como una especie presa de su aspecto y consumida por los sentimientos. Las mujeres en mi entorno, incluyendo a mamá y a Marilú, eran endeables, sufridas y “*comprachunches*” para colgarse; carentes de recursos para darse a respetar. Desde la infancia amas de casa y mamás; seres con afines modos vitalicios de entretenerse, cultivarse, relacionarse entre ellas o planear su día: ¡mamás o amas de casa, amas de casa o mamás! Cada vez que mi personalidad varonil, por papá y tres hermanos, rozaba con mujeres, ésta no pretendía nada más allá de conseguirse un beso y consumir con los amigos la conquista, tornasolando con matices de mentiras

el relato (¡que me pintaba solo para elaborar historias!), para dar la impresión de pomposo “*Don Juan*”. ¡De lengua me como un taco!, dirían mis amigos. Por nada era menos de excelente macho y por mucho iba en pos de convertirme en un ser prepotente, egoísta, insensible e hiriente, quizá, como mi abuelo, todo esto si no hubiera sido hechizado, y de por vida y con la parte más maléfica con la que ellas pueden poner daño. ¿¡A mi edad!?

—¡Atención! —llamado general—, tome sólo coníferas, no necesita más; eso sí: tiene que ser, ¡por lo menos!, de cinco especies diferentes.

A la vista de cualquiera curioso se percibía un gran montón de púberes manoseando plantas y árboles, y ninguno, puedo asegurar, muy sátrapa, podría divisar que yo, en esos momentos, traía el sentimiento mágico de estar en un bosque de melocotones, con la mente y en las yemas. A las visitas al campo asistía todo aquel estudiante, alumno del profesor estrambótico, que vestía ternos de antaño con cachuchas de béisbol, y a las que, en ocasiones, también, se nos unía la maestra de otra escuela, de nivel secundaria, con sus ruidosos plebitos; pero el común era un grupo espeso de alrededor de unos veinte hombres y treinta y tantas mujeres de un solo grupo, el de 2ºB. Nos reunían en la estación de autobuses foráneos y en el mismo lugar, unas seis horas después, nos abandonaban.

—Aquél a quien le falten muestras de las prácticas anteriores, ¡búsquelas ahora!, porque la última salida será dedicada, sólo, a minerales —el de la cachucha, que tenía la costumbre de poner todo, indistintamente, en voz de extraño— ¡Usted, jovencita, no la veo buscando! —aunque supiera su nombre.

Yo caminaba a espaldas de un par de grupos femeniles, antífrasis de mi mente y correligionarias del chismorreó. En la espesura de aquel verdor y olor a lozanía, me preparaba para la faena, luchando fuertemente por concentrarme en las instrucciones y advertencias, y por ello me arrimé a una tercia de compañeros jocosos, que reían constantemente, para ver si así me alejaba de la zaga y lograba meterme al momento. No era un mal estudiante, pero debía esforzarme mucho para mantenerme a flote. Los abogados en casa no servían, cualquiera que llegara con malas notas la pasaba mal y

sentía profundamente el no haberse esforzado. Toño, el hermano al que yo apodaba con el alias de “Tono”, era el que marcaba la pauta, había salido tan buen estudiante, el desgraciado, que más de dos veces pensé que nació, sólo, para joderme la infancia; estudiante ejemplar de cuadro de honor, abanderado en la escolta, jefe de oratoria, representante de grupo, presidente del comité de alumnos y bueno para la nadada; un ¡cabrón! de dientes blancos y respiración profunda que impresionaba con la amplitud que podía alcanzar sus pectorales. Dice mi mamá que el día que yo llegué a la casa, él me cogió la cara y, aplastándome la nariz, me dijo: *¡No llores!* Que en respuesta a ello, yo no aprendí a decir bien su nombre, siempre hice por decirle Tono; y ve, en mi vida usé muchas de las cosas que él dejaba, quizá por eso tenía la fórmula para hacerlo enojar, su olor se fijó en mí, y gracias a ello, lo conocí tanto, o más, que con el trato diario, lo malo fue que lo mejor de él no alcanzó el mimetismo... ¡Chin!, perra suerte. Mi hermano vino con el don integrado para la asimilación. Leía, cierto, pero más bien, cargaba una grabadora en la cabeza, de cinta perenne, con la que se andaba por ahí fijando cosas para luego, más tarde, champárselas a uno en la cara, víctima distraída de magro entendimiento, con la correcta explicación del que ya había ido al diccionario para aprender de memoria la definición. Para asumir el vínculo de hermano, era necesario someterse a los caprichos y mantenerse cerca, para saber por dónde vendrían las exigencias; y yo no lo hacía mal, estudiaba lo más que podía y con muchos esfuerzos me desplazaba, a la distancia, pero me movía en la misma dirección que él. Por eso a las plantas les concedía yo esmero de alta ciencia, para andar sin problemas; una buena nota en este rubro vestía, y en suma, era parte del acierto que permitía salir a la calle, jugar, ver televisión hasta tarde o quedarme a dormir en casa de mi mejor amigo.

Alcé mis muestras y las coloqué en seguro. Hice todo lo correcto para volver calmado a casa, y fui a mi recámara a esperar el rato que usaba para mí cosas; una vez en la cama, de noche, con unos durmiendo y el sonido del informativo diario lejano, y las luces centelleantes entre la oscuridad de la sala con alguien frente al televisor, me entregué a deshojar la margarita, con la minuciosidad del enamorado ignoto,

contemplando el efecto a cada paso hasta empaparme el vientre con mis entrañas. Dormí exangüe (¡débil, exhausto!). Así pasaron las veces, todas; todavía no terminaba de recuperarse el pasado, cuando ya le había traído de nuevo al presente; ¡sabía que me estaba haciendo daño!, pero, ni modo, ya estaba sumido hasta los cojones. Desperté a la mañana siguiente del sábado aquel, me despegué los calzones del como almidonado y me levanté a buscar qué hacer con mi vida, cualquier cosa, una, alguna, fuera del delirio hormonal. Ya me empezaba a preocupar. Me lavé la cara, las manos, elegí buenas prendas de vestir y quise ser valiente, ignorando a mi subconsciente que me sugerencia que no fuera al encuentro de mi talón de Aquiles in situ. Solicité permiso, con la tarea de biología echa en la mano, para ausentarme y salir de casa. Fui y me paré frente al portón de la tranca, el de la madrugada anterior, y llamé muy seguro de mí, al menos un par de veces.

—¿Está Ticho, señor? —tragando saliva. Subiendo y bajando el gznate.

—Déjame ver, pásate.

Todos los abuelos tienen cara de duende, decía mi carnal; ¡cierto!, a éste, yo le veía la del *elfo-dobby*.

Me acerqué entrando, pero evité ir mucho adentro. El *Buch* vino para embarrarme la cabeza y a exigirme con las uñas. Algo me golpeó en la cabeza, pensé en no voltear, pero finalmente lo hice; fue cuando escuché las carcajadas del “*simpatías*”, Patricio Ventura, mi compañero de andadas y cómplice de maldades. En esta ocasión, ni a él tendría yo la confianza, y menos aún el descaro, de contarle mi experiencia, obvio, substituyendo a los protagonistas, la nacionalidad y, quizá, hasta el planeta; y es que, la neta, fue un gran número de cosas que no entendí y que, creía, tenía que pensar, siquiera, antes de considerar en compartirlo; para empezar, otra vez tenía ganas de meterme al baño y dejarme humedecer hasta donde lograra irme con el recuerdo fresco, y venirme con lo que aún sobrara, si es que todavía había algo; pero lo que me limitaba no eran las ganas, sino tiempo y oportunidad: en una casa de hombres las entradas al baño están supervisadas y medidas con reloj, por aquello de que a los hombres nos gusta en abundancia la privacidad en la habitación de los desahogos y

de las fantasías. Una madre está en todo. *¡Órale, vas pa'fuera! ... ¡A otro perro con ese hueso!* A Ticho, el antropónimo (nombre) que le dio su familia en hipocorístico (diminutivo deformado infantil), y apócope (falta de letras) y aféresis (modo abreviado) muy cariñoso de “Patricio”, no le importaban mis preocupaciones; Ticho-tetraigofinto bajó corriendo del piso en el que se encontraba, y con sonoras risotadas de mamarracho, me trajo, todavía doblado de la alegría, por su acierto, el juguete de plástico que me despeinó, y que fue a dar allá por donde empezaban las escaleras, las mismas que él ahora usaba para su descenso, y para el mío, la madrugada anterior.

—¿Duele?

Esa misma cara tenía cuando un día vino a mí con unas revistas que contenían fotografías de mujeres desnudas, un primo pingo, mala influencia, se las prestó, y consumimos juntos el contenido, pasándonos las hojas (obvio, ya habían sido minuciosamente deshojadas para facilitar su uso y traslado) por arriba de una manta que colgamos con un cordel en la recámara para darnos privacidad. Yo tenía el rollo de papel sanitario de mi lado y él las revistas del suyo. Mi mano asomó por encima de la lana por lo menos una docena de veces, exigiendo, con sacudidas incesantes de llamado de atención, que me actualizara la ración; al final, mi consuelo fue ver que Ticho-manuelas supo lo que era depender de alguien más, en esos momentos, cuando la suya asomó, la única vez, pidiéndome, envuelto los dedos en una madeja elástica (¡no qué no!, mano de pato), le pasara algo del rollo sanitario en mi poder. Yo ya conocía el proceso cuando lo conocí a él y lo había practicado muchas veces, pero, a decir verdad, fue con Ticho-cachondo con quien lo hice un exquisito y verdadero placer.

—¿Duele, chillón? —me repitió.

—¡Préstamelo!, yo te lo aviento y tú me dices.

Me respondió levantándose el anular de la mano izquierda, ¡Ja!, el dedo de los anillos. Ticho-verdulero levantaba siempre ese dedo por aquello de que en ese dedo, le dijeron en su casa, iban todo lo que entra en el dedo de una mano; ¡todo! Yo le dije: de otra forma pareces Ticho-liverache, ¡el pianista puto de los anillos! A mí siempre

me hizo sentido. Aún, hasta hoy, es el que uso para dar placer. Me hizo seguirle al interior de la habitación, una que en esa casa pretendían hacer pasar como comedor, ¡mentira!, ellos se alimentaban en la cocina, en una mesa de uno por uno, y cada uno por su lado. No eran gente que practicara la unión, pero sí la proverbial concordia y la imaginación: cada vez que yo les encontraba juntos, era jugando a la gallina ciega, a los cojinazos, rayuela o mojándose, hundidos en risas, en la pileta del patio; o, también, persiguiendo al perro para pintarle las patas de blanco, y dibujarle rombos de colores para que presumiera calcetines nuevos, o cazando arañas, usando moscas como carnada. Ticho-danieleltravieso me hizo seguirle porque quería darme a probar una substancia extraña y deliciosa contenida en el interior de una licorera de su papá, pero no se pudo, le echó a perder la travesura, la cercanía en la cocina de un familiar adulto. En esa habitación, sobre una silla, un chaleco y una bufanda me pusieron de nuevo la excitación entre las piernas. Estaba destinado a no poder mirar, nunca más, algo de ella o a ella misma; su persona me modificaba, inevitablemente, y sus prendas me poseían; más aún, si a la vista quedaba algún parte de la prenda donde fueron sorteados los embates de las miradas, de los machos curiosos; por ser, casi siempre ella, una de las predilectas al momento ocioso de selección: de *hembras-con-mejores-tetas*. No podía seguir así, sabía que me estaba haciendo daño. ¡Y mucho! A la luz de la experiencia estaba claro que no soportaría y que tarde o temprano algo iba a suceder. Mis padres nunca nos dijeron nada, ellos pensaban que la vida tenía que suceder y dejaron que sucediera con nosotros. Mamá nos colmó de bendiciones y papá sólo nos pegó de fajillazos donde fue necesario (a veces con aquella fajilla gruesa del uniforme militar), a cambio recibieron una descendencia al cuidado de los ángeles y de prendas inferiores ¡guangas!, porque en la casa los cinturones desaparecían misteriosamente. Mi padre era un hombre de zapatos cuadrados y punta chata, y de tirantes, de corte raso en el pelo, y de buena fe y de buena figura, ¡los celos de mamá! Ella nunca permitió que fuera solo a la ferretería del mercado, las de esos rumbos se lo chuleaban mucho, y por esa falta de tacto, de las pinches adictas al delantal, seguido nos mandaban a nosotros. Papá niño creció viviendo con una hermana, porque su padre

(mi abuelo paterno) los dejó para irse a la capital. Había perdido a la segunda esposa (la madrastra de los hijos) y quiso olvidarse de todo, encargando a las hijas mayores el cuidado del hijo menor; y abandonando, incluso, “la ferretería” del patrimonio, en manos de un yerno, el yerno que recibió en su casa al hijo-abandonado (mi padre). El hijo-abandonado fue chalán, peón, comerciante, pintor de brocha gorda, cerrajero, conserje, soldador, tortillero, masajista, chofer, taquero y hasta intento de plomero, todo por no portarse bien y desobedecer al de la patria potestad, que lo corrió de la ferretería y de la casa, después. El recinto de la otra hermana fue el nuevo suyo, y aunque fue de sólo un cuarto, éste se convirtió en algo más seguro y menos trabajoso; consolador en las horas de crisis de tristeza y soledad. Mi papá sufrió mucho por el abandono y parece que nunca se lo perdonó a su padre. Cada vez que nos relataba algo sobre el abuelo, refería de él como Filemón; le retiró el grado de progenitor. Un día papá permitió que le reclutaran en una partida de fieles que viajaría a la capital, para ir a cantarle, en la catedral, a la virgen. Después de la ofrenda, el nuevo creyente se separó del grupo, por unas horas, para tratar de localizar la dirección de la fábrica donde, había informes, trabajaba Filemón; de empleado de almacén y encargado de herramientas. En la provincia, de la que era originario mi padre, los hombres no abandonan el núcleo, sin, antes, establecer una liga en comunicación y tiempo, la de mi abuelo fue correspondencia, una carta al mes, que siempre partía con lo establecido, dentro de un paquete de medicinas, que un cumplido sobrino mandaba a su tía; remitente: su progenitora, comadre de alguien en la familia. Una carta de Filemón fue la que denunció al *hijo-abandonado*, al expresar dulcemente en pregunta si alguno de la familia había ido a buscarlo a la fábrica; las hojas llegaron hasta mi padre, él simplemente tomó los papeles y frente a la cara, apuró los ojos izquierda a derecha a todo lo largo de unos cuantos párrafos para decir: “¿Y qué!?”

—¡Vete con él! —le gritó la hermana—... ¡Al final te lo dice! Léelo tú mismo. Pregunta que para qué te andas escondiendo.

Para esa hermana no había más que agradecimientos. Mi padre no quiso ser grosero con ella, así que retiró los papeles de la mano y se levantó diciendo:

—Yo no me escondo; si lo hiciera, lo haría en el lugar donde ni tú, ni María —la otra hermana—, ni Filemón pudieran encontrarme...

—No digas eso —suplicante—..., me pones nerviosa. —Con tono suave y verdadera cara de apesadumbramiento.

—Voy a ir, hermana —triste y afectado por lo que notó, le lastimó ver lo que estaba provocando.

—¡Sí! ... ¡Hazlo!

Bajó la cara, caminó a la puerta y salió, rascándose la nuca; preocupándose por su coartada para con Filemón, ya desde ese momento, “*¡tshh!, qué carajos..., mira, ¡a buen entendedor, pocas palabras bastan!*”, resolvió.

La gran metrópoli resultó un paso difícil de dar; a los llegados, con edad, que no son nativos, se les complica acostumbrarse al bullicio, al vertiginoso correr cotidiano, todo por la, aparente, banal contrariedad de no contar con el nato antídoto para la inferencia esa; el hijo-abandonado sufrió de diarreas, vahídos y ansiedad, y, también, por las nuevas turbaciones, sufrió de intensas sudoraciones frías, con escalofríos y palpitations de agitado, porque, hasta eso, en esa etapa hubo cosas que nunca, antes, había experimentado: un día caminando por la zona bodeguera y comercial de los alimentos, una prostituta lo tomó de la solapa, una de esas mujeres con el vestido ajustado a las protuberancias, el lunar de la mejilla resaltado y de pechos boludos y saltones, como nalguitas de bebé, y no le soltó hasta comprobar, realmente, que no traía dinero consigo; antes, le pegó una desplazada de manos por todo el cuerpo, que le dejaron, sólo por la presencia de transeúntes mirones, con la tranca aprisionada para evitar que saliera el descarrío. ¡Pobre pueblerino! En otra salida, los de la tele filmaban un concurso de baile callejero, papá, sorpresivamente, fue tomado, de entre la multitud de mirones metiches, para dar, solamente, unos pasitos de baile alocados con una chamaca que necesitaba pareja. La tía que nos contaba todo, nos dijo que fue ¡sensacional!; que fue finalista, y que, cuando los jueces lo despacharon, fue porque opacaba al que debía de ganar, no obstante, fue el más aplaudido, incluyendo, entre sus admiradores, al presentador, al catrín pomposo del micrófono. La urbe ascendió a

mi padre a grado de “ciudadano ciudadano, común” y lo puso en la explanada de las oportunidades; en poco tiempo abordaba ágil el transporte, cachándole a pleno vuelo, y sabía de aguantar, sin expresiones soeces, ataques de ímpetu femenino, de aquéllas que se entallan el vestido y que, con medias de raya y tacones de aguja, partían la acera, moviendo glúteos y despidiendo majeza. Mi padre hasta cambió los sonsonetes de provincia por expresiones locales: se explayaba diciendo *¡chale, chale, chale... !* para dejar claro que no era de ¡allá!, ¡que era uno de ¡aquí!, ¡y bien parido!, y que había llegado para quedarse.

Lo metieron a trabajar a la fábrica donde el abuelo hizo su círculo de amigos. Papá no era lo que se conociera como un envidiable rapaz afortunado, pero tenía su estrella. Contaba con la suerte de su combinación astral y con el milagro de la muy rara puntería accidental; y también contaba con una mujer: Aurora, la dama de las recomendaciones, que nunca lo dejó mal parado, pese a tener motivos para hacerlo. Aurora Evangelista, mujer de buenas hechuras y falaz figura, titulada en la facultad de contaduría pública, era la autoridad que llevaba los números en la fábrica. Ella fue la loada, *buen-samaritana*, que levantó a Filemón del piso, paró derecho al hijo-abandonado, la que me dio una madre y la única mujer, que mi abuelo recuerde, capaz de *¡mentarle la madre!*, con todas sus letras; fuerte, clara y expresiva. No era secreto los amoríos entre esta señora y mi abuelo, tampoco que, en la diferencia de castas, ellos hallaban un poco de igualdad con el físico, pues porque en su relación el hombre era el del rostro encantador y la mujer la de las piernas bonitas, un ¡mucho! en lo de abajo de la espalda y otro mucho en una vulva insaciable. El abuelo le decía: “*una concha de mar, ¡peluda!, con una perla como clítoris*”. Eso sí, además tenía un sueldo envidiable, un escritorio de pura madera y hasta un sillón con orillas de cordón y respaldo alto. Al exitoso noviazgo de estos acaramelados, el porvenir les reservaba las mejores opciones; contar con los favores y aceptación de aquéllos quienes les rodeaban era parte primordial de ese favor, parte de un gran plan de vida. El hijo-abandonado miraba a Aurorita con la gratitud correcta, pero sin pretender pasar la línea de la condición de ser un individuo ajeno. Sin obstar los momentos que pasaba

en el parque compartiendo helado, globo y paseo con la única hija de la señora. Ella, Aurorita, era la mujer de Filemón, y de él sólo era la dama que le tendió la mano para ayudarlo a conseguir empleo, nada más. En esa actitud de rebeldía, bien encaminada, mi padre halló consuelo a su situación de compartir con una persona que tenía visos de *don Juan*, éxito en el parecido y un hijo que, desesperado, intentaba mantenerse a flote para seguir a su lado. La periodicidad entre ellos, Filemón y el hijo-inseguro, sucedía casi igual que en la tierra de origen; la diferencia la marcaba el asfalto: acá las caídas no eran en blandito, si discutía con el compañero se quedaba ¡solo!, porque aquí no había nadie que le escuchara, al menos le entendiera o le pasara el hombro para desahogarse. Las dos hermanas se mantenían en provincia con sus respectivos, y la distancia entre ellos hacía imposible pensar, siquiera, en la posibilidad de visitarlos, quejarse y volver. Con todo, el ordinario transcurrió en aceptable convivencia por muchos meses. Cuando parecía que todo iba mejor, mi abuelo recibió una carta a destiempo de la parentela. Con letra temblorosa, de pésimo escribiente, le avisaban: “*¡ven pronto, tu hermano Ignacio agoniza!*” La noticia le tomó en un día nublado, y de inmediato, reminiscencias del pasado le trajeron a la memoria cuando su carnal *Nacho* le salvó la cara de dos grandotes, ¡pelones!, de la secundaria, que juraron que ¡a la salida! le iban a romper la madre; y, también, ya con las cuencas de los ojos invadidas, recordó, de pésimo firulais, las experiencias de acompañarle a ver a una enamorada en la otra calle, precisamente en el perímetros del territorio donde ya se las tenían sentenciada; el hombre era una gloria cuando le obsequiaba con risas devotas a sus chistes chafas; el hermano malo para dar consejos, pero el mejor para dar a sentir cariño, el de las mejores novias, el que nunca se casó.

Capítulo 2

“¡Voy una semana! ... Estaré lo suficiente para darle ánimo y me pongo de vuelta en el camino.”, esas fueron, en esencia, las palabras para el contenido de la doble despedida, la primera para la flechada y la segunda para el hijo-inseguro. “¡Piensa en mí, Filemón!, yo me quedo esperándote.”, fueron las respuestas, la primera, la única que enfatizó el nombre, haciéndole evidente lo mucho que le necesitaba; la segunda tuvo en el tono esa inferencia de más reclamo y un tanto, también, de temor absoluto. A la semana de licencia le vino otra, otra y otra más; no aún había llegado a casi fin la agonía, cuando ya pendía sobre el abuelo la primera amenaza: “¡Qué estás haciendo! ¿Por qué no te vuelves?”; en la respuesta asomó gesto de repentina reconciliación territorial. Aurorita lo notó; fue parca y conciliatoria hasta comprobar que debía hacer lo contrario, entonces, levantó, decidida, la espada y por última vez el auricular de su pesado aparato telefónico negro y emitió a través del cobre de la electrónica los sonidos del ultimátum, con tono dulce y en buenos términos, todavía: —¡Bueno! —sin aliento, subyugado.

—Hola..., tardaste mucho —cariñosa y atenta.

—Sólo en lo que van corriendo a avisarme.

—¿Cómo está tu hermano?

—Pasando los días —notoriamente afectado. Aurorita emitió un imperceptible trago de saliva.

La dama enamorada tuvo ese día el primer encuentro con las fuerzas contra las que contendría y trató de cuidar el léxico, para no incurrir en errores tácitos de imprudencia femenina que la pusieran en desventaja. Las hijas mayores, aunque respetando al pie de la letra el acuerdo en el pacto de no intromisión y censura, actuaban vehementemente *en lo obscuro* en todo lo que pudieran, para persuadir a su padre de no regresar, y de quedarse, nuevamente, a vivir en casa.

—... ¡no es eso, amor!, es sólo que no me puedo mover hasta ver qué vamos a hacer con él.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

